

# Cristianismo y nueva derecha en Europa

Suplemento del Cuaderno n. 204 de CJ - (nº 238) - Junio 2017

Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona - 93 317 23 38 - [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com)

[www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)

## ¿Defensa del Occidente cristiano? La ideología de la nueva derecha en Europa<sup>1</sup>

En numerosos estados los partidos de la nueva derecha (ND) determinan de manera creciente el acontecer político. Los movimientos de Le Pen, el bloque flamenco, el FPÖ austriaco y, más recientemente, la AFD alemana cuestionan la democracia liberal y el proyecto de paz de la Unión Europea. Estos partidos no han surgido de la nada sino del vacío moral que la ideología neoliberal ha dejado tras de sí en los últimos treinta años. En este periodo se ha vaciado la sustancia moral tanto de la socialdemocracia como de los partidos de la democracia cristiana. En resumen: así como el fascismo fue una reacción al liberalismo desenfrenado, la ND es una respuesta al neoliberalismo.

A esto se ha sumado la masiva llegada de refugiados que huyen del derrumbamiento del Próximo Oriente y del Medio

Oriente y de la inestabilidad de numerosos estados africanos, lo que ha alimentado aún más el ascenso de partidos de la ND, algunos de los cuales han sido los más votados en sus países.

## Sobre la ideología de los movimientos de la ND

Tanto la opinión pública como la ciencia política los califican despectivamente de “populistas”. Una denominación que, por muy bien establecida que haya quedado, considero sin embargo problemática. En efecto, la palabra “populismo” sugiere una política ampliamente desideologizada, que se adapta a las opiniones cambiantes del “pueblo”. En otras palabras, la ideología del populismo consiste en no tener ninguna ideología firme. Ahora bien, creo que tal diagnóstico es una peligrosa minimización de lo que estos partidos representan.

Muchos analizan el fenómeno a la luz de categorías psicológicas (resentimiento contra los extranjeros y contra los partidos “establecidos”, miedo a la decadencia de la clase media, etc.). De vez en cuando, son percibidos como correctivos de las estructuras enquistadas de los partidos establecidos en la democracia, de tal manera que, como movimientos de protesta, no tendrían ambiciones de gobierno. Aunque no sean análisis falsos, minusvaloran la visión ideológica que tienen del mundo.

De acuerdo con Jan-Werner Müller, percibo en la ND una determinada ideología ciertamente flexible pero que mina peligrosamente los principios y valores de las democracias del estado de derecho, tal como se han construido en Europa después de la Segunda Guerra Mundial.

La concepción fundamental de la ideología de la ND ha surgido en Francia, en el círculo del movimiento presidido por Le Pen. Y ha sido sobre todo Alain de Benoist, uno de los ideólogos de la *Nouvelle Droite*, el encargado de formularla: una concepción que diferencia estrictamente la ND del antiguo fascismo de entreguerras que se construyó sobre dos pilares. En primer lugar, eran abiertamente antidemocráticos. Tenían por meta derrocar la democracia, recurriendo a la violencia si fuera necesario. En segundo lugar, se fundamentaban en el racismo. La ND prescinde de estos dos principios fundamentales del fascismo y adopta los derechos civiles y la democracia. Renuncia, por tanto, a la toma de poder empleando la violencia y se somete a los resultados de las elecciones democráticas. Además, sustituye el “antiguo” racismo por un “etnopluralismo”, promoviendo el reconocimiento de las diversas etnias y culturas, cada una en su correspondiente territorio. Un concepto clave de la ND es la preservación de la “unión étnica” de una

nación. Desde 1986, junto al movimiento de Le Pen, el FPÖ austríaco se ha convertido en uno de los más importantes protagonistas de la ND europea. Jörg Haider, su líder, expresó de manera precisa el núcleo de este pensamiento: «si la política no se construye sobre principios étnicos, no le aguarda ningún futuro a la humanidad».

Aún así, entre los mismos partidos que defienden los principios mencionados, la cuestión de cómo se determina la etnia desde el punto de vista conceptual es todavía objeto de controversia. De Benoist, por ejemplo, representa un punto de vista anticitristiano, decididamente “pagano”, de la nación francesa. Mientras que otros, entre ellos el FPÖ, se han vuelto hacia el cristianismo, erigiéndose en defensores del Occidente cristiano en su lucha contra el islam.

El peligro de los planteamientos de la ND consiste en que la interpretación étnica de “nación” o de “pueblo” es prioritaria, poniéndola por encima de los derechos humanos. De Benoist habla precisamente de la «ideología de los derechos humanos», criticándola como una secularización de la moral cristiana. El ideal de fraternidad, que juntamente con el de libertad y el de igualdad, es una de las tres columnas de la Revolución francesa, debe limitarse, según él, a la nación. Por ello, los partidos de la ND cuestionan la universalidad de los derechos humanos.

Más todavía, consideran que su interpretación étnica de “pueblo” o “nación” es el fundamento del Estado, y por tanto debe asegurarse con medios estatales. Debido a ello, el FPÖ ha promocionado transitoriamente en su programa electoral un “derecho a la patria”, que debería añadirse a la lista de los derechos humanos. Así se abre de golpe un resquicio para una política autoritaria. Ahora bien, el “derecho a la patria” no es ningún derecho humano

que deba imponer el Estado ni que pueda reclamarse judicialmente. En una democracia pluralista, los conceptos “patria” o “identidad nacional” son más bien objeto de debate público y se basan en determinados derechos humanos, sobre todo el de la libertad de opinión y de reunión. En el “derecho humano a la patria”, que parece tan inofensivo, se esconde una carga explosiva extremadamente peligrosa que, a largo plazo, mina las democracias del estado de derecho, transformándolas en sistemas autoritarios. De hecho, Jörg Haider reivindicó el establecimiento de una “tercera república”.

Está claro que las democracias liberales se basan en el principio universalista de los derechos humanos, pero también sobre un determinado consenso sobre la “identidad nacional”. Incluso Habermas, que solo sostiene la legitimidad de un patriotismo constitucional, relaciona la universalidad de los derechos humanos con todo sistema democrático de derecho, teniendo en cuenta determinadas concepciones de la conservación de la identidad nacional. El punto candente de la ND consiste en diluir de manera unilateral, en favor de la nación, la tensión entre derechos humanos considerados desde un punto de vista universal y concepciones particulares de identidad nacional. Por ello son partidos que intentan controlar los medios en nombre de una ideología popular que debilita la separación de poderes, especialmente la independencia de la justicia y, sobre todo, la del tribunal constitucional, creado en muchos países después de la Segunda Guerra Mundial, como consecuencia del fascismo. El tribunal constitucional es una institución de gran importancia para la protección de las democracias del estado de derecho.

Así pues, los partidos de la ND no son populistas por adaptarse a las cambiantes opiniones del pueblo. Al contrario, saben ya desde siempre cuál debe ser “la” volun-

tad “del” pueblo, y sobre todo quién pertenece al pueblo. Gitanos, judíos, ateos, socialistas y artistas de vanguardia no forman parte, por regla general, de él.

### **Viktor Orbán, protagonista cristiano de la ND**

Estas ideologías ya no son patrimonio exclusivo de los partidos de la ND, sino que están siendo adoptadas por otros, sobre todo en la democracia cristiana. Un ejemplo es precisamente el demócratacristiano húngaro Viktor Orbán que se ha convertido en uno de los dirigentes más poderosos. Orbán defiende públicamente la idea de un estado “aliberal”, que contiene todos los elementos mencionados. Es más: apoyado en una mayoría de dos tercios, sobre la base de un 53% de votantes, Orbán, con la nueva constitución, por primera vez ha erigido en Europa un Estado que se fundamenta en estos principios, haciendo realidad el sueño de Haider de instaurar una “tercera república”.

En una entrevista en *Weltwoche* (núm. 46, diciembre de 2015) Orbán expresó con toda claridad la prioridad de la nación sobre los derechos humanos:

«Mi impresión personal es que, cuando se trata de cuestiones espirituales, las élites europeas solo debaten temas superficiales y secundarios. Bonitas palabras sobre derechos humanos, progreso, paz, apertura, tolerancia. En el debate público nunca se habla de temas fundamentales, es decir, de dónde proceden de hecho estas cosas tan simpáticas. No hablamos de la libertad, no hablamos del cristianismo, no hablamos de la nación, no hablamos del orgullo. Dicho brutalmente: lo que hoy domina en la opinión pública europea es solo un

“bla-bla-bla” europeo y liberal sobre temas simpáticos pero secundarios».

Este espíritu se ha trasladado en particular a la constitución húngara: en su preámbulo, se presenta a Hungría como una nación cristiana. Claro que en los preámbulos de muchas constituciones se presenta a veces de manera idealizada la historia de la nación. Pero, a diferencia de otras constituciones occidentales, el tribunal constitucional húngaro está obligado a tomar sus decisiones a la luz de este preámbulo, es decir, a la luz de la concepción de Hungría como nación cristiana.

Además, la cuestión actual de los refugiados proyecta todavía más luz sobre la ideología neoderechista de Orbán. Las democracias del estado de derecho insisten en que existe una unidad entre los derechos humanos y las ideas de la identidad nacional. Por eso, los estados de la Unión Europea discuten vivamente la cuestión sobre cuántos refugiados pueden ser acogidos y dónde debe ponerse el límite de acogida. A pesar de todas las obligaciones del derecho de los pueblos, hay aquí un amplio campo para considerar legítimos pros y contras. Las ideologías de la ND resuelven, sin embargo, la tensión entre identidad nacional y derechos humanos unilateralmente y exigen que se ponga fin a la acogida de refugiados. Puesto que debe preservarse la pureza étnica de la “nación cristiana”, según Orbán, ya no es aceptable ni una cuota mínima de 1.300 refugiados.

## **Contra el autodenominado “defensor del Occidente cristiano”**

Los nuevos defensores del Occidente cristiano traicionan por ello los logros del estado democrático de derecho y el contenido universalista de la moral cristiana. Sobre este telón de fondo, resulta una paradoja histórica que sea el papa Francisco, que viene de Latinoamérica y en quien puede percibirse el espíritu de la teología de la liberación, quien deba recordar tanto los fundamentos de las democracias europeas, basados en los derechos humanos, como el contenido nuclear de la moral cristiana. Su discurso en Lampedusa y la reciente llamada a las parroquias y monasterios para acoger como mínimo a una familia de refugiados han sido captados intuitivamente, por parte de sectores de la Europa secular, como un testimonio originariamente cristiano. Por el contrario, quienes se autodenominan defensores neoderechistas del Occidente cristiano insultan públicamente al Papa e incluso le condenan por traidor.

Las iglesias cristianas todavía arrastran la pesada herencia de sus alianzas con los sistemas fascistas del siglo xx. Una renovada complicidad con las ideologías de la ND al comienzo del siglo xxi las precipitaría a una nueva crisis de credibilidad, cuyas sombras lastraría durante siglos la vida de los cristianos y de las cristianas de toda Europa.

Hans Schelkshorn<sup>2</sup>

- 
1. Este artículo es una adaptación de SCHELKSHORN, Hans (2016). *Entgrenzungen. Ein europäisch Beitrag zum philosophischen Diskurs über die Moderne*, Weilerwist: Velbrück Wissenschaft, 2ª edición.
  2. Presidente del Instituto de Filosofía Cristiana de la Facultad de Teología Católica de la Universidad de Viena. Coeditor de la revista *Polylog Zeitschrift für interkulturelles Philosophieren*.